

Esto era lo que esperaba Bruce, reuniéndose á Eduardo. Así es que apenas Balliol fué despojado, cuando su antiguo competidor, que habia tomado una parte activa en la victoria, se presentó á Eduardo reclamando á su vez el trono bajo las mismas condiciones con que habia sido concedido á Balliol; mas Eduardo le respondió en su dialecto francés-normando:

— ¿Creeis vos que nosotros no tenemos otra cosa que hacer que conquistaros los reinos?

Pronto esta respuesta brilló con toda la claridad que Eduardo queria haberle dado al principio: atravesó vencedor la Escocia desde Tweed hasta Edimburgo, llevó los archivos á Londres, hizo trasportar y llevar á la iglesia de Westminster la gran piedra sobre la cual, por una antigua y nacional costumbre que tenian, era donde se colocaban los reyes de la

Escocia el dia de su coronacion; en fin, él confió el gobierno de la Escocia al conde de Surrey, llamado Hugo Cressingham; nombró un tesorero, y á William Ormesby gran juez, y habiendo puesto gobernadores ingleses en todas las provincias, y guarniciones inglesas en todos los castillos, se volvió entonces tranquilo á Londres para velar por la entera seguridad del país de Gales, que acababa de someter á su dominio, como lo habia hecho con la Escocia, y tambien habia capturado á su príncipe, no obstante, sin otro delito que el de haber defendido su independencia.

Esto era en la época en que los hijos de menor edad de los reyes de Inglaterra tomaban invariablemente el titulo de príncipes de Gales.

Sucedió á la Escocia lo que á todos los países conquistados: el gran juez, parcial en favor de los Ingleses, rindió sus inicuos juicios; el gran tesorero, tratando á los Escoceses no como ciudadanos sino como tributarios, derrochó en cinco años mas plata que en dos siglos sus cuatro últimos reyes; las quejas que daban al gobernador, quedaban sin respuesta ó no obtenian mas que contestaciones ilusorias ó extravagantes; en fin, los soldados puestas de guarnicion, tratando en todo lugar y en toda circunstancia á los Escoceses como vencidos, se apoderaban á viva fuerza de todo lo que les convenia, maltratando, hiriendo y matando á los que querian oponerse á sus caprichosas operaciones; de suerte que la Escocia se halló pronto en la triste situacion de un país que va á sumergirse en la esclavitud; pero que no espera mas que una circunstancia para rebelarse, y un hombre para ser enteramente libre. Además,

cuando un país llega ya á este extremo, los acontecimientos llegan siempre, y el hombre no falta jamás.

Las circunstancias acontecieron en las *granjas de Ayr*, y el hombre fué *Williams Wallace*.

Un jóven que volvía un día de pescar en la ribera de *Irrine*, y que habia cogido una gran cantidad de peces, que llevaba metidos en una casimba, encontró en las puertas de la ciudad de *Ayr* tres soldados ingleses, que se aproximaron á él y quisieron quitarle sus pescados: el jóven dijo que si los soldados tenian hambre, partiria de buena voluntad con ellos; pero que por ningun título permitiría que se los llevaran todos.

Por única respuesta, uno de los soldados llevó la mano á la casimba, con intencion de quitársela; pero en el mismo instante el jóven le dió un tan rudo golpe con el mango de su caña en la cabeza, que quedó en el sitio exánime, y en el instante, apoderándose de la espada del muerto, se vió frente á frente de los otros dos, y con brazo fuerte y vigoroso los puso en fuga, y llevó á su casa entero el producto de su pesca.

Este jóven era *Williams Wallace*.

Seis años despues de esta aventura, un jóven atravesaba la carrera de *Lanark*, dando el brazo á su esposa; este iba vestido de paño verde, con elegancia, y llevaba en la cintura un rico puñal: al volver una calle, un inglés se halló ante él, y estorbándole el paso, le dijo que era harto escandaloso que un esclavo escocés llevase aquella vestidura y un tan rico puñal.

Como el jóven iba, como ya lo hemos dicho, con su esposa, se contentó con dar por única respuesta

al inglés un pequeño empujon con el brazo, para que le dejara libre el paso. Entónces el inglés, mirando esta accion como un insulto, llevó la mano al pomo de su espada; mas antes que la hubiera sacado de la vaina, fué muerto por el puñal del escocés, que le atravesó el corazon.

Todos los Ingleses que se hallaban por aquellos alrededores, se lanzaron con la rapidez del rayo al lugar de la escena; mas la casa que se hallaba mas cerca y que podia prestar auxilio al pobre jóven, era la de un noble escocés; el cual abrió la puerta al asesino y lo llevó detrás de él, y mientras que los soldados ingleses registraban las piezas interiores, él condujo al jóven á su jardin, desde donde ganó un valle salvaje rodeado de rocas, llamado *Cartland-Craigs*, donde sus enemigos prescindieron del pensamiento de seguirle. Pero haciéndolo caer sobre los inocentes la pena que no podia expiar el culpable, el gobernador de *Lanark*, que se llamaba *Hazzelrigg*, declaró al jóven proscrito, puso fuego á su casa é hizo degollar á su esposa y gente de su servidumbre.

El proscrito, desde lo alto de una roca, vió las llamas hendir el aire y oyó los gritos que daban las víctimas; y al ruido de los gemidos y á la vista del incendio, juró un odio mortal á la Inglaterra.

Este jóven era *Williams Wallace*.

Pronto se oyó hablar en los arrabales de las arduas intrigas tanteadas por un proscrito, que habiendo armado una tropa considerable de forajidos, no daba cuartel á ninguno de los Ingleses que encontraba. Una mañana se oyó decir que *Hazzelrigg* habia sido sorprendido en su casa, y que le habian dejado clavado un puñal en el pecho, que tenia la siguiente

inscripcion : *Al incendiario y asesino*. Entonces ya no hubo ninguna duda de que este asesinado habia sido hecho por el mismo jefe.

El jefe se llamaba Williams Wallace.

En el instante salieron á combatirlos destacamentos enteros, los cuales fueron rechazados con un valor increíble; y cada vez que se sabia la derrota de algun nuevo cuerpo ingles, la nobleza escocesa se regocijaba, pues el odio que estos le tenian, ya hacia largo tiempo que habia cesado de ser un secreto para los venedores. Los Ingleses tomaron pues una resolucion extrema.

Bajo pretexto de concertarse con ellos en los asuntos de la nacion, el gobernador de la provincia invitó á toda la nobleza del oeste á que viniese á las *granjas de Agr*, larga serie de espaciosos salones, en los cuales, durante el invierno, los monjes de la abadia contigua encerraban el trigo, pero que en el verano se hallaban enteramente vacíos. Los nobles acudieron sin desconfianza, y se les invitó á entrar dos á dos para evitar la confusion. Esta medida les pareció tan natural, que no se opusieron á ella en lo mas minimo, pero á cada viga madre habia sido atada una larga cuerda; los soldados tenian cada uno una punta de estas cuerdas, las cuales tenian en sus extremos un nudo corredizo, y á medida que los diputados iban entrando, iban por turno echándoles la cuerda al pescuezo y al instante quedaban ahogados. La operacion fué hecha tan hábilmente, que ni un grito de los que estaban dentro previno á los que estaban fuera. Todos entraron y todos fueron horriblemente estrangulados.

XIV

TRAICION Y MUERTE

Un mes despues de este acontecimiento, y como la guarnicion inglesa, despues de haber hecho aquel dia una gran comida, se hubiese retirado á dormir en las mismas granjas donde ingeniosa y traidoramente habian perecido tantos nobles escoceses, una vieja subió á ellas y marcó con un lapiz blanco las puertas de los pabellones donde se hallaban los Ingleses, y se marchó sin haber sido descubierta en aquella operacion. Tras ella bajó de la montaña una tropa de hombres armados, y llevando cada uno de ellos un paquete de cuerdas: estos hombres examinaron las puertas con gran cuidado, y ataron fuertemente desde fuera todas las que hallaron marcadas con una cruz: despues que esta obra fué terminada, un hombre que parecia ser el jefe, fué de puerta en puerta para ver si los nudos estaban sólidamente hechos, mientras que detrás de él un segundo destacamento, cargado de misiones, las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960, 1925 MONTERREY, MEXICO

amontonaba en buena porcion ante las puertas y ventanas.

Acabada esta faena, y todos los alojamientos cercados de materias combustibles, el jefe puso fuego. Entonces los Ingleses se despertaron sobresaltados, y como las granjas eran de madera, prontamente se encontraron en medio de las llamas. Su primer movimiento fué el de correr á las puertas; mas estaban todas fuertemente cerradas. Entonces á golpes de hachas y de espadas las abrieron; mas los Escoceses estaban tras de ellas, y encontraron murallas de hierro tras de las murallas de llamas, y puestos por consiguiente en la precision de arrojar al fuego ó ser ignominiosamente degollados.

Todos se acordaron entonces de una puerta secreta que conducia al claustro, y se precipitaron al convento; mas sea que ellos hubiesen ya prevenido, esto, ó sea que se hubiesen despertado por el ruido y adivinado lo que pasaba, el prior y los monjes de Ayr esperaban á los fugitivos en el claustro, y cayeron sobre ellos con espada en mano, y los hicieron refugiarse de nuevo en las granjas.

En el mismo instante los techos se hundieron, y todo lo que quedaba en los alojamientos fué destruido bajo las mismas vigas madres, de donde habian estado colgados los nobles escoceses, por los cuales el jefe de los proscritos tomaba una venganza tan terrible como merecida.

Esta accion fué la señal de una insurreccion general: los Escoceses pusieron á su cabeza al que, solo, no habia desesperado en la salvacion de la patria; pues aunque este no era el mas noble de sus señores, era incontestablemente el mas valiente. Mas

apenas hubo él reunido unos tres ó cuatro mil hombres, cuando ya le fué necesario combatir.

El conde de Surrey avanzaba con el gran tesoro Cressingham á la cabeza de un numeroso ejército. Wallace estableció su campo de batalla en la ribera setentrional del Forth, cerca de la ciudad de Stirling, en el mismo sitio donde el rio está muy profundo, pues á las tres ó cuatro leguas entra ya en el golfo de Edimburgo, atravesado por una larga y frondosa punta de bosques: en esta posicion esperó á los Ingleses, los cuales no se hicieron esperar mucho: desde el mismo dia Wallace los vió avanzar por el otro lado del Forth. Surrey, como hábil capitán, comprendió al instante la superioridad de la posicion de Wallace, y mandó hacer alto para diferir la batalla; pero Cressingham, que en su doble cualidad de eclesiástico y de gran tesoro debiera haber dejado el mando solo á Surrey, cuyos conocimientos militares eran harto públicos, no se avino á las determinaciones del conde, y avanzó á caballo ante sus soldados diciendo, que el deber de un general era el de combatir por todas partes donde encontrara al enemigo; el ejército inglés, lleno de entusiasmo, pedia se diesen los grandes gritos de guerra. Surrey se vió obligado á dar la señal de la batalla, y la vanguardia mandada por Cressingham, que aunque eclesiástico no titubeaba en tales casos de servirse de la espada y de la lanza, empezó á atravesar la punta de los bosques y á desplegarse sobre la ribera opuesta.

Esto era lo que esperaba Wallace, desde que vió la mitad de la armada inglesa pasada á su lado, y que la punta encumbrada estaba tras de ellos, dió la

señal del ataque, cargando él mismo á la cabeza de sus tropas : todos los que habian pasado, fueron muertos ó aprisionados ; todos los que pasaban, despues, fueron arrollados y echados á la ribera ó ahogados. Surrey vió que el resto de la armada estaba perdida si él no tomaba una pronta y grande decision ; hizo poner fuego á la punta, sacrificando una parte de su ejército por salvar la otra ; pues si los Escoceses hubieran pasado la ribera, hubiesen hallado á sus enemigos en tal desórden, que hubiesen acabado probablemente en un solo dia con todo el ejército : Cressingham fué hallado entre los muertos, y el odio que él inspiraba era tal y tan grande, que los que le descubrieron, le arrancaron á tiras el pellejo de su cuerpo, é hicieron de él bridas y frenos para sus caballos.

En cuanto á Surrey, como disponia aún de fuerzas respetables, hizo su retirada hácia Inglaterra, y esto rápidamente, para que la nueva de su derrota no se supiera al punto. Tras él los pueblos se sublevaron en masa, y en menos de dos meses, todas las fortalezas y castillos habian caido en poder de los Escoceses.

Eduardo I supo estos acontecimientos en Flandes, y se encaminó en seguida á Inglaterra : el pensamiento de su ambicion acababa de caer de un solo golpe ; le habia sido necesario muchos años de astucia y de negociaciones para someter á la Escocia, y acababa de perderla en una sola batalla. Así es que apenas llegó á Londres Surrey, recibió de sus manos el mando de sus tropas, y formó al punto una armada considerable, y fué en persona contra los rebeldes.

Mientras tanto, Wallace habia sido nombrado protector ; pero los nobles que lo habian hallado bueno para librar á la Escocia con su espada, mientras que ellos no se atrevian ni aun á defenderla con su palabra, lo hallaron de muy bajo nacimiento para que la gobernara, y así rehusaron el seguirle. Wallace hizo entonces una arenga al pueblo, y cierto número de montañeses se le reunieron. Por mas inferior que fuese este ejército al de Eduardo en hombres de armas y en táctica militar, Wallace, convencido de que lo que se debia hacer en tales circunstancias era retirarse y no marchar directamente á él, le esperó cerca de Falkirk el 22 de julio de 1298.

Los dos ejércitos presentaban un aspecto bien diferente : el de Eduardo, compuesto de toda la nobleza y caballería del reino, avanzaba cabalgando sus magnificos alazanes, todos de la casta del gran ducado de Normandía, y escoltados por aquellos terribles arqueros, que llevando cada uno doce flechas en su careaj, pretendian llevar en su cinturon las vidas de doce escoceses.

El ejército de Wallace, al contrario, contaba apenas quinientos hombres de caballería y algunos arqueros de la fortaleza de Ettrick, bajo el mando de Sir John Estuardo de Bonkil ; todo el resto se componia de montañeses mal defendidos por armaduras de cuero, marchando apresurados, llevando sus largas lanzas y aproximándose los unos á los otros, que parecian una floresta moviente. Llegado al punto donde habia resuelto dar la batalla, Wallace mandó hacer alto, y dirigiéndose á sus hombres, les dijo :

— Ved ahí como nos llega la hora del festejo ; ahora mostradme cómo vosotros bailaréis.

De su parte, Eduardo habia parado también, y como las ventajas estaban compensadas por el terreno, de manera que ni él ni el otro de los dos jefes podian retroceder, el rey de Inglaterra creyó le seria vergonzoso esperar á los rebeldes, y dió la señal de la batalla. En el instante mismo toda aquella larga fila de caballería se lanzó, semejante á una roca que rueda en un lago, y vino á echarse sobre las largas y aceradas puntas de las lanzas de los Escoceses. Al primer choque se vió caer casi enteras la primera y segunda fila de los Ingleses; pues los caballos heridos botaban de las sillas á los jinetes, que rendidos por el peso de sus armaduras, fueron casi todos muertos horrorosamente antes de poderse levantar; mas entonces la caballería escocesa, en lugar de sostener á la infantería que hacia su deber tan valerosamente, huyó descubriendo una de las alas del ejército de Wallace.

Al instante mismo Eduardo hizo avanzar á sus arqueros, que no teniendo ya que temer ser cargados por la caballería, pudieron aproximarse á sus enemigos como á un medio tiro de flecha, y escoger seguramente á aquellos á quienes les tuviera cuenta matar. Wallace llamó en el instante á los suyos; mas el caballo de sir John Estuardo que los conducia á la batalla, le botó contra una encina, quedando muerto en el acto. Sin embargo, los arqueros avanzaron, pero como no tenian jefes que los dirigieran, se expusieron imprudentemente y se hicieron matar todos.

En aquel momento Eduardo apercibió en el ejército escocés algun desórden, cuando por la horrorosa lluvia de flechas, las cuales iban tambien poniendo

en desórden la retaguardia, se puso á la cabeza de una tropa escogida de entre los mas bravos, cargó sobre la abertura hecha por los arqueros, y agrandó á lo largo del batallon la herida ya hecha; penetró hasta el corazon del ejército escocés, que estrechado de aquella manera, no pudo resistir, y fué precisado á tomar la fuga, dejando en el campo de batalla el cadáver del inseparable y querido amigo de Wallace, sir John Graham, que indignado de la deplorable conducta de la nobleza, no habia reculado un paso, y habia prometido morir á la cabeza de sus tropas, antes de siquiera volver la vista atrás.

En cuanto á Wallace, fué el último que quedó en el campo de batalla, y como la noche vino antes que hubiesen podido huir, lo mas algunos cien hombres de los que le rodeaban, desapareció á favor de la oscuridad en un bosque vecino, donde pasó la noche escondido debajo de una encina.

Wallace, abandonado por la nobleza, la abandonó tambien, no soñando mas que quedar fiel á su país, y permanecer con su título de protector; y mientras que los lores y señores continuaban combatiendo por su propia cuenta ó se sometian salvando sus intereses propios y particulares á expensas de los de su país, Wallace, errante de montaña en montaña, de floresta en floresta, llevaba consigo la libertad de la Escocia, como Eneas los dioses de Troya, haciendo latir por todas partes donde él estaba al corazon de la patria.

Varios hubo que lo creyeron muerto, pero permaneció siete años (proscrito como estaba), siendo el sueño incesante y terrible de las noches de Eduardo,

que no creía que la Escocia sería enteramente suya, mientras que Wallace existiera en ella.

En fin, se prometieron recompensas al que le cogiera muerto ó vivo; y un nuevo traidor se halló entre toda la nobleza, que él había ya adquirido.

Un día que comía en Robroyston, en un castillo, donde él creía no tener mas que amigos, sir John Macbeth, que acababa de ofrecerle el pan, lo puso sobre la mesa, de manera que el plato se hallase encima.

Esta era la señal convenida; los dos convidados que se hallaban á la derecha é izquierda de Wallace, lo cogieron cada uno por un brazo; mientras que dos criados, por detrás, le reliaban una cuerda al cuerpo, á fin de que toda resistencia fuese en vano.

El campeón de la Escocia, amarrado como un leon furioso, fué presentado á Eduardo, el cual al instante lo hizo comparecer ante sus jueces, coronado con una guirnalda verde. La decision del proceso no fué dudosa: Wallace fué condenado á muerte, yendo metido en una cuba hasta el sitio de la ejecucion, donde fué degollado; su cuerpo fué dividido en cuatro pedazos, y cada uno de estos, enganchado en una lanza, fueron puestos en las puertas de Londres.

Así murió el salvador de los Escoceses, entregado por los mismos por quienes se había sacrificado, á fin de poder lograr su independencía y restaurar la paz en la infortunada Escocia.

XV

UN TRONO Y DOS REYES

Dos ó tres años despues de la muerte de Wallace, y la noche de una de aquellas escaramuzas diarias que los vencidos y vencedores continuaban haciendo juntos, algunos soldados ingleses cenaban reunidos al rededor de la mesa redonda de un meson, cuando un noble escocés que servia en la armada de Eduardo, y que se había batido por él contra los sublevados, entró en la sala de tal manera hambriento, que se sentó en una mesa particular y se hizo servir; empezó á comer, sin haberse lavado las manos, bastante enrojecidas aun de la mortandad de la jornada. Los señores ingleses que habían ya concluido de cenar, lo miraban con aquel odio que, aunque alistados bajo las mismas banderas, separaba siempre á los hombres de las dos naciones; mas el extranjero, ocupado en satisfacer su apetito, no había hecho reparo en la atencion con que aquellos lo miraban, cuando uno dijo en voz alta:

— ¡Mirad á aquel Escocés que come su propia sangre!...

Este oyó perfectamente las palabras, miró sus manos, y viendo que efectivamente estaban ensangrentadas, dejó caer el pedazo de pan que en ellas tenia, y quedó un instante pensativo; mas saliendo del meson sin decir una sola palabra, entró en la primera iglesia que encontró abierta, se arrodilló ante el altar, y habiendo lavado sus manos con sus propias lágrimas, pidió perdon al Señor, y juró no vivir mas que para vengar á Wallace y librar su patria.

Este hijo arrepentido era Roberto Bruce, descendiente del que habia disputado la corona de Escocia á Balliol, y que habia muerto dejando sus derechos á sus herederos.

Roberto Bruce tenia un competidor al trono que, como él, servia en la armada inglesa; este era sir John Comyn de Badenoch, que le llamaban Comyn-el-Rojo, para distinguirle de su hermano, á quien por su morena tez le habian dado el nombre de Comyn-el-Negro. Él estaba entonces en Dumfries, en las fronteras de Escocia.

Bruce fué allí á buscarlo, para dicitirlo á abandonar la causa inglesa y á reunirse á él, á fin de dar caza al extranjero.

El lugar de la cita donde ellos habian de conferenciar fué escogido, de comun acuerdo por los dos, en la iglesia de los Minimos de Dumfries...

Bruce iba acompañado de Lindsay y de Kirkpatrick, sus dos amigos. Ellos permanecieron á la puerta de la iglesia, y en el momento en que él la abrió para entrar, ellos vieron por la abertura á Comyn-el-Rojo, que esperaba á Bruce ante el altar mayor.

Una media hora se pasó. Durante la cual se mantuvieron firmes bajo la bóveda del pórtico sin echar una mirada al interior de la iglesia. Al cabo de este tiempo vieron salir á Bruce pálido y agitado. Él extendió al instante su brazo á la brida de su caballo, y apercibieron que sus manos estaban ensangrentadas.

— ¿Qué hay? ¿qué ha sucedido? preguntaron los dos á un tiempo.

— Lo que hay es, respondió Bruce, que Comyn-el-Rojo no ha querido avenirse á buenas, y creo que lo he matado.

— ¡Cómo que crees! ¿pues qué, no estás seguro de ello? dijo Kirkpatrick; esta es una cosa que es menester estar cierto de ella, y yo voy á verla.

Al decir estas palabras, los dos caballeros entraron á la vez en la iglesia, y como efectivamente Comyn-el-Rojo no estaba aun muerto, ellos lo acabaron de matar.

— Tenia razon, le dijeron ellos saliendo y montándose en sus caballos; el asunto estaba bien principiado, pero nosotros lo hemos concluido: ahora ya puedes dormir tranquilo.

El consejo era mas fácil de dar que de seguir. Bruce acababa por aquella accion de echarse sobre sí tres venganzas; la de los parientes del muerto, la de Eduardo y la de la Iglesia. Así, viendo que ya no tenia nada que arrostrar despues de haber dado semejante golpe, marchó derecho á la abadia de Seone, donde se coronaban los soberanos de Escocia, reunió sus partidarios, llamó á todos aquellos que aun estaban dispuestos á combatir por su libertad, y se hizo proclamar rey el 29 de marzo de 1306.

El 18 de mayo Roberto Bruce fué excomulgado por una bula del papa, que le privaba de todos los sacramentos de la Iglesia, y daba el derecho de matarlo como á un animal salvaje.

El 20 de junio del mismo año fué completamente derrotado cerca de Methwent por el conde de Pembroke, y desmontado del caballo que acababan de matarle, fué hecho prisionero. Felizmente, aquel á quien él entregara su espada era un escocés, el cual, al pasar por una floresta, cortó él mismos las ligaduras con que estaba atado, y le hizo señas de que huyese; Roberto no esperó á que se lo repitieran dos veces; deslizóse del caballo y se ocultó entre la maleza. El escocés para no ser castigado por Eduardo, hizo como que lo perseguía; mas tuvo buen cuidado de no alcanzarlo.

Todos los otros prisioneros fueron condenados á muerte y ejecutados. El asesinato de Comyn-el-Rojo daba sus frutos; la sangre se pagaba con sangre.

A contar desde aquel momento, fué cuando empezó esta vida aventurera, que ha dado á la historia de aquella época todo lo pintoresco y todo el interés de una novela. Errante de montaña en montaña, acompañado de la reina, proserita como él, y seguido de cuatro amigos fieles, entre los cuales iba el joven Douglas, llamado despues el buen lord Tomás, obligado á vivir de la pesca ó de la caza; pues este último como el mas adiestrado á todos estos ejercicios, era el encargado del alimento de todos; marchando de peligro en peligro, saliendo de un combate para caer en una emboscada, escapando de todos los peligros por su fuerza, su audacia ó su presencia de espíritu, sosteniendo él solo el aliento de

sus compañeros, siempre conducidos por la iluminación del predestinado; pasó así los cinco meses de verano y otoño en estas excursiones vagabundas y nocturnas, á las cuales á principio del invierno la reina estuvo cerca de sucumbir.

Bruce vió que era imposible que ella continuase soportando las fatigas que el frío y la nieve iban á hacer mas terribles aun; él no tenia mas que un solo castillo, el de Kildrumert, cerca de la corriente del Don, en el condado de Aberdeen: la condujo allí con la condesa de Ruchau y dos ó tres damas de su séquito; encargó á su hermano Miguel Bruce la defendiera hasta el último extremo, y seguido de Eduardo, su otro hermano, atravesaron toda la Escocia para derrotar á sus enemigos, y se retiró á la isla de Rathlin, en la costa de Irlanda.

Dos meses despues supo que el castillo de Kildrumert habia sido tomado por los Ingleses; que su hermano Miguel habia sido muerto, y que su esposa estaba prisionera.

Estas nuevas llegaron á sus oídos en una pobre choza de la isla: ellas lo hallaron ya desalentado, y concluyeron por arrancarle el poco valor y fuerzas que le quedaban. Tendido sobre su lecho, donde se habia echado enteramente desesperado y hecho un mar de lágrimas, viendo que la mano de Dios habia siempre pesado sobre él, desde el asesinato de Comyn-el-Rojo, y así se convencía de que la voluntad del Señor, que se manifestaba tan adversa, no era sino para que él abandonase aquella empresa. Y como en estos momentos tenia los ojos levantados al techo, entonces, como sucede siempre en semejantes circunstancias, pues mientras el alma se queja, el

cuerpo está ocupado en cosas frívolas, su vista reparó en una araña que, suspendida á la punta de un hilo, se esforzaba para lanzarse de una viga á la otra, sin poder lograrlo, y que no obstante, sin desesperar y perseverante, renovaba aquella tentativa, de la que su buen éxito dependia para el establecimiento de su telar.

Aquella persistencia instintiva le llamó la atención, y preocupado como lo estaba de sus desgracias, no bastó para que quitara sus ojos de los esfuerzos que la araña hacia. Seis veces probó el golpe deseado y seis veces le salió fallido.

Bruce vió que él habia hecho lo mismo que aquel pobre animal; seis tentativas para conquistar su trono, y que otras tantas se le habia ido de entre las manos. Aquella singular coincidencia le admiró, y le dió al instante mismo el nacimiento de una idea tan supersticiosa como singular: pensó que aquello no era mas que un ejemplo que la Providencia le enviaba, en un momento semejante, de paciencia y persistencia, y mirando siempre á la araña, hizo juramento de que si ella probaba la séptima tentativa que preparaba, él veria allí un consejo del cielo y continuaria su empresa; mas si al contrario, ella no lograba alcanzar la viga, perderia todas sus esperanzas como vanas é insensatas, partiria para la Palestina, y consagraria el resto de su vida á combatir contra los infieles.

Mientras él mentalmente hacia su juramento, la araña que habia ya hecho todas sus disposiciones y tomado todas sus medidas, probó una séptima tentativa, cogió por último la viga y quedó perfectamente asegurado para continuar su trabajosa tarea.

— La voluntad de Dios sea cumplida, dijo Roberto Bruce.

Diciendo así, se lanzó fuera de su lecho, previniendo á los soldados que al amanecer del dia siguiente se pondrian en camino para continuar la campaña.

Entretanto, Douglas continuaba su guerra de partidario; viendó que el invierno tocaba á su fin, se habia puesto en camino, y acompañado de trescientos soldados, habiase desembarcado en la isla de Arran, situada entre el estrecho Kilbranan y el golfo de Clyde, habia sorprendido el castillo de Bratwich, y mandado matar á su gobernador y una parte de la guarnicion; y usando al instante del derecho de conquista, se habia establecido con sus hombres de armas en las fortalezas, y, fiel á su gusto para la caza, pasaba los dias en la magnífica floresta que rodeaba el castillo. Un dia que estaba ocupado en perseguir un ciervo, oyó en el mismo bosque donde él cazaba el eco de una trompa, y al instante se paró diciendo:

— No hay mas trompa que la del rey que dé este sonido, no hay otra que la de Bruce.

Despues de un instante, volviöse á oír de nuevo el son de la trompa. Douglas puso su caballo al galope en direccion al ruido, y aun no habian pasado diez minutos, cuando Douglas se encontró cara á cara con Bruce, que cazaba al otro lado.

Hacia tres dias que este último, para seguir su resolución, habia dejado la isla de Rathlin, y dos horas despues habia llegado á la de Arran. Una mujer anciana que cogia marisco en la ribera, le habia contado que la guarnicion inglesa habia sido sorprendida por los extranjeros que cazaban en aquella hora.

Bruce, teniendo por amigos á todos los enemigos de los Ingleses, se habia al instante puesto á caza, en el otro lado. Douglas habia reconocido su trompa, y los dos fieles amigos y compañeros de armas se habian vuelto á encontrar.

A partir de este dia cambió la mala fortuna : sin duda la larga y cruel expiacion, impuesta á Bruce por el asesinato de Comyn, estaba cumplida, y la sangre pagada con la sangre, cesaba de pedir venganza. No obstante, la lucha fué larga : le fué necesario, cuerpo á cuerpo, vencer la traicion y la fuerza, el oro y el hierro, el puñal y la espada.

La Escocia conserva en sus tradiciones nacionales una infinidad de aventuras mas maravillosas las unas que las otras, en las cuales, apoyado sobre su valor y guardado por Dios, escapó milagrosamente de los mas terribles peligros, aprovechándose de cada suceso para dar fuerza á su partido, hasta que á la cabeza de un poderoso ejército de treinta mil hombres, esperó á Eduardo II en las llanuras de Sterling, pues durante esta encarnizada lucha, Eduardo I habia muerto legando la guerra á su hijo, y ordenando en su última hora, á fin de que la tumba no le separase de las batallas, que hiciesen hervir su cuerpo hasta que los huesos se separasen de sus carnes, y que estos los envolvieran en una piel de toro y que los llevasen á la cabeza del ejército inglés cuantas veces marchara contra los Escoceses.

Sea por confianza que tuviese en sí mismo, sea que la ejecucion de aquella bizarra promesa le pareciese exagerada, Eduardo II no ejecutó la recomendacion paternal, é hizo depositar el cadáver en la

abadía de Westminster, donde aun en nuestros dias su tumba tiene la siguiente inscripcion :

AQUI YACE EL TERROR DE LA NACION
ESCOCESA

Despues marchó contra los rebeldes que, como lo hemos dicho, lo esperaban en Sterling, apoyados en la ribera de Bannockburn, de la cual tomó el nombre la batalla.

Jamás tuvieron los Escoceses mas completa victoria, ni mayor derrota sus enemigos. Eduardo II tuvo que huir del campo de batalla á brida suelta, perseguido por Douglas, y no paró su caballo hasta que se halló en salvo tras las puertas de Dumbar. Allí el gobernador de la ciudad le procuró una góndola, con la ayuda de la cual, arrimado á la costa de Berwick, fué á desembarcar á la habia de Bamborough en Inglaterra.

Esta victoria aseguró, si no la tranquilidad, al menos la independenciam de Escocia, hasta el momento en que Roberto Bruce, aunque jóven todavía, fué atacado de una enfermedad mortal.

Hemos visto al principio de esta historia, come él hizo venir á su lado á Douglas, que los Escoceses llamaron despues el buen lord Tomás, y los Ingleses Douglas el Negro, y le recomendó abriera su pecho despues que muriera, sacara su corazon, y lo llevara á la Palestina. Este último deseo no fué mas dichoso que el de Eduardo I, mas esta vez no fué por falta del que habia recibido la promesa, si esta no fué cumplido.

Eduardo II murió á su vez asesinado en Berkley por Gurnay y Maltravers, bajo las órdenes ambiguas de la reina, selladas por el obispo de Herefort; y su hijo Eduardo III le sucedió.

Nuestros lectores tienen ya tomada, por los capítulos precedentes, como nosotros lo esperamos una idea justa del carácter de aquel joven príncipe, para pensar que apenas subió al trono, sus ojos se volvieron hácia la Escocia, esta vieja enemiga, que despues de cinco generaciones, los reyes de Inglaterra legaban de padres á hijos como una serpiente exterminadora.

El momento era oportuno para volver á empezar la guerra, pues la flor de la nobleza de Escocia habia seguido á Tomás Douglas en su peregrinacion al Santo Sepulcro, y la corona habia pasado de la poderosa cabeza de un rey guerrero á la de un debil niño de cuatro años. Como despues de Douglas el mas valeroso y mas popular de los compañeros del joven rey era Raudolfo, conde de Moray, fué este nombrado regente del reino durante la menor edad de David II.

No obstante, Eduardo habia comprendido que toda la fuerza de Escocia provenia de la profunda repugnancia que existía, desde el Tweed hasta la derecha del Penttland, por la dominacion de Inglaterra. Resolvió pues no avanzar sobre las tierras enemigas sino bajo falsas banderas, y de tomar por aliada la guerra civil: la fortuna le habia presentado el modo, y él lo aprovechó con su habilidad acostumbrada.

John Balliol, que habia sido hecho rey de Escocia, y despues destronado por el mismo Eduardo I, habia pasado á Francia y muerto allí, dejando un hijo

llamado Eduardo Balliol. El rey de Inglaterra lanzó una mirada sobre el hombre cuyo nombre era el mas apto para servir de bandera, y le puso á la cabeza de los *lores desheredados*.

Dos palabras bastarán para explicar á nuestros lectores lo que se entendia entonces por esta denominacion, la que vamos á explanar en el capítulo siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 2625 MONTERREY, MEXICO